



THE
MENTORING
PROJECT

DINERO Y RELACIONES: CÓMO HALLAR LA PAZ BÍBLICA TRAS UNA TRAICIÓN ECONÓMICA



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

**DINERO Y
RELACIONES: CÓMO
HALLAR LA PAZ
BÍBLICA TRAS UNA
TRAICIÓN
ECONÓMICA**



**AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PARTE 1: ANATOMÍA DEL RENCOR.....	7
PARTE 2: UNA DEUDA DESCOMUNAL	12
PARTE 3: LA DIFERENCIA ENTRE MISERICORDIA Y NECEDAD.....	16
PARTE 4: PASOS PRÁCTICOS PARA ACLARAR LAS COSAS	19
PARTE 5: LA RIQUEZA DE UN ESPÍRITU LIMPIO	24
CONCLUSIÓN: CÓMO CONFIAR EN DIOS COMO TU PROVEEDOR CUANDO PIERDAS DINERO.....	28
ORACIÓN PARA OLVIDAR UN PERJUICIO ECONÓMICO Y CONFIAR EN DIOS .	29



INTRODUCCIÓN

He presenciado esta misma escena tantas veces que ya ni me molesto en contarlas. Suele empezar con un deseo sincero de ayudar. Conocí a un hombre llamado Gary, una persona buena y estable que había trabajado mucho y ahorrado un pequeño colchón. Su cuñado, Pete, soñaba con emprender un negocio de paisajismo. Tenía la visión y la ética del trabajo, pero no el capital. Por ello, Gary hizo lo que pensó que debía hacer todo hombre de familia cristiano: le prestó a Pete quince mil dólares, sin intereses y sin formalizar ningún contrato; bastó con un apretón de manos y un «devuélvemelo cuando puedas».

El negocio cerró en seis meses. No hizo falta más que unos malos contratos y un camión averiado para dejar aquellos quince mil dólares en el recuerdo. Entonces comenzó el silencio. Pete dejó de llamar. Dejó de acudir al almuerzo del domingo. El Día de Acción de Gracias, Gary se sentó frente a una silla vacía. Pete estaba demasiado avergonzado para dar la cara ante el hombre al que debía dinero, y Gary, demasiado enojado para llamarlo y tratar de tender puentes. Esa silla vacía era más que una persona ausente: era el mausoleo de una promesa incumplida y de una deuda convertida en un muro.

Gary me contó después que ya ni siquiera le importaba el dinero. Habría dado treinta mil dólares con tal de recuperar a su amigo. Sin embargo, la deuda, con el consiguiente estrés financiero, había cobrado vida propia. Había pasado de la cuenta bancaria a la mesa del comedor y nos estaba consumiendo a todos.

Cuando le prestas dinero a alguien de tu círculo íntimo —un amigo, un hermano, un primo—, crees estar haciendo una transacción

GUÍA DE CAMPO

financiera, pero no: estás creando una sombra que los seguirá a ambos en cada encuentro. Yo lo llamo el «fantasma del pagaré».

Es ese momento incómodo en una fiesta de cumpleaños en el que ves que le ha comprado un regalo a otra persona y piensas: «Un momento, ¿tiene dinero para eso, pero no para mí?». Es la forma en que mira al suelo cuando entras tú. Una deuda entre amigos altera la dinámica de poder. Transforma una relación entre iguales en una de amo y criado. Según Proverbios 22:7b, «los deudores son esclavos de sus acreedores». Cuando pensamos en las deudas en la Biblia, generalmente lo hacemos en términos de bancos y tasas de interés, pero esto es igual de real en una sala de estar.

El fantasma del pagaré hace imposible la honestidad. Con una deuda de por medio, ahora ustedes ya no son «Gary y Pete», sino «deudor y acreedor». La deuda se convierte en el prisma a través del cual interpretan cada interacción. Vuelve al prestamista suspicaz y hace que el prestatario se ponga a la defensiva. Lo peor es que ninguno quiere hablar de ello, por lo que el fantasma es cada vez más grande y más frío, hasta que termina por expulsar a uno de los dos de la relación.

La aritmética de la amargura

Sé de hombres que se han pasado años lidiando con problemas económicos y haciendo lo que yo denomino la «aritmética de la amargura». Se desvelan por la noche, mirando al techo y calculando exactamente cuánto les «robaron». No cuentan solo el capital: también las oportunidades perdidas, las horas en vela y la falta de respeto que percibieron en esa traición económica. Repasan mentalmente las cifras una y otra vez, intentando hallar el modo de equilibrar la balanza del resentimiento económico.

Lo que pasa con esa clase de cálculos es que pudren el alma. La amargura es una fórmula repetitiva. Cuanto más calculas las pérdidas, más pierdes: pierdes la paz, la capacidad de estar presente con tu familia y la alegría. Si estudiamos el perdón en la Biblia, Hebreos 12:15b nos advierte que debemos asegurarnos «de que ninguna raíz amarga brote y cause dificultades y corrompa a muchos». La amargura no es un mero sentimiento privado: es una toxina que se filtra al resto de tus relaciones.

Atrapado en la aritmética de la amargura, en la práctica estás intentando ser tu propio juez y jurado e intentando obligar al mundo a ser justo a tu manera. No obstante, cuanto más exiges que la otra persona pague lo que debe, más te percatas de que el dinero no es lo que estás buscando. Lo que buscas es reivindicarte. Quieres que el otro sienta el peso de sus actos, cosa que normalmente ya siente. Está tan atrapado en los cálculos como tú, solo que él calcula su vergüenza mientras tú calculas tu ira.

La perspectiva del evangelio

Tal vez te preguntes por qué un pastor dedica tanto tiempo a hablar de tu billetera o del negocio fallido de tu cuñado. El motivo es que Jesús habló más de este tipo de cosas que sobre el cielo y el infierno juntos. Más de una cuarta parte de las parábolas de Jesús tratan sobre dinero y relaciones, herencias y negocios. Además, Jesús fue sumamente claro acerca del nexo entre nuestro tesoro y nuestro corazón. En Mateo 6:21 sentencia: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón».

Esto también funciona al revés. Donde estén tus «pérdidas», allí estará también tu corazón. Si tu corazón está enterrado en un agujero de quince mil dólares, no eres libre para seguir a Cristo. Estás atado a esa deuda. Vives como si tu seguridad y tu valor dependieran de si Pete te devuelve el dinero algún día o no.

Esta guía no aborda cómo recuperar tu dinero, sino algo mucho más valioso: cómo perdonar y recuperar tu alma. Es cuestión de aprender a contemplar las pérdidas desde la perspectiva de la cruz, con el objetivo de descubrir una visión bíblica del perdón. Servimos a un Salvador que asumió la máxima pérdida para que nosotros pudiéramos recibir la herencia final. Si nos proclamamos seguidores de Aquel que anuló nuestra deuda infinita, tenemos que hablar del perdón de las deudas según la Biblia y de cómo gestionar las deudas finitas de quienes nos rodean.

Vamos a adentrarnos en las aguas de lo que supone aplicar los principios bíblicos de la mayordomía en un mundo donde hay gente que falla, empresas que cierran y hermanos que se decepcionan entre sí. Vamos a hablar de cómo enfrentar las deudas, de una sencilla teología de la siembra y la cosecha, y de por qué, a veces, lo mejor para tu salud espiritual es aprender a perdonar la deuda y quemar el pagaré. No será fácil y, desde

GUÍA DE CAMPO

luego, no se sentirá «justo» en el momento, pero al otro lado de ese pequeño fuego hay una paz que una cuenta bancaria nunca podría proporcionar. Empecemos por ahí.

1

ANATOMÍA DEL RENCOR

Conozco esa inconfundible y fría opresión que se instala en tu pecho cuando comprendes que el dinero se ha esfumado. No son las cifras de la cuenta bancaria: es la sensación de traición. Confiaste en alguien que te pidió ayuda y te hizo una promesa. Tú le tendiste la mano abierta, pero él cerró la suya para quedarse el dinero. Tanto si fue un trato comercial que salió mal e hizo que te preguntaras qué enseña la Biblia sobre prestar dinero, como si fue un «préstamo» a un amigo que lo tomó como un regalo que tú no querías hacerle, la conmoción inicial acaba dando lugar a algo mucho más fuerte: el rencor.

Hablamos de «guardar» rencor como si fuera algo que le hacemos a la otra persona, pero la realidad es que el rencor nos posee a nosotros. Es físico. Lo notas en los hombros cuando su nombre surge en una conversación. Lo notas en las entrañas cuando ves que publica en redes una foto de unas vacaciones o de un auto nuevo, amargándote porque esta persona te debe dinero mientras el pagaré sigue acumulando polvo. Nos decimos a nosotros mismos que estamos esperando justicia, pero, siendo honestos, estamos rompiendo en pedazos nuestra propia paz día tras día.

Por qué anhelamos justicia cuando se nos debe dinero

Hay algo primitivo en lo hondo de nuestro ser que anhela justicia. Creemos que si nos olvidamos de la deuda, si la perdonamos de veras y dejamos de pedir su reembolso, el «malo» gana. Sentimos que le vamos a dejar salirse con la suya. Nuestro «juez» interno se pone en pie en el estrado y exige sangre o, como mínimo, intereses. Queremos que la balanza se equilibre y que el otro sienta el mismo dolor que nosotros.

En nuestra cabeza, la justicia es un juego de suma cero. Si no nos pagan, perdemos. Sin embargo, este «deseo de justicia» a menudo

no hace sino enmascarar la soberbia. Nos ofende que el otro no haya valorado nuestra ayuda lo bastante como para priorizar la devolución del dinero. Nos ofende que haya incumplido las «normas» de la relación. Así, nos proclamamos alguaciles cósmicos. Dedicamos nuestra energía mental a rastrear sus gastos, a juzgar su tren de vida y a aguardar el momento en que por fin tenga un «traspié» para poder sentir que teníamos la razón.

El problema es que este modelo de justicia nunca satisface. Aunque el cuñado de Gary, Pete, le entregara mañana hasta el último centavo de esos quince mil dólares, la relación no se arreglaría por arte de magia. La confianza ya está rota. Ya han transcurrido cinco años de silencio. Nuestro juez interno quiere un pago que el dinero no puede brindar. Queremos que nos devuelvan el respeto y la seguridad que perdimos, y un cheque no puede recuperarlos. Cuando exiges «justicia» por una deuda personal, sueles estar persiguiendo a un fantasma. Le estás pidiendo a un sistema (o a un ser) humano que llene en tu alma un vacío que solamente Dios podría llenar.

Así te roba la paz y controla tus emociones una deuda impaga

Una de las mayores mentiras que nos creemos es que nosotros somos los amos de la deuda. Creemos llevar las riendas porque somos los acreedores. No obstante, observa tu vida durante un conflicto de dinero prolongado en el tiempo; ¿quién manda realmente?

Si no puedes entrar a una reunión familiar sin examinar la estancia a ver si está esa persona, el amo es la deuda. Si no puedes mirar tu saldo bancario sin tener un arranque de ira hacia quien te «dejó a deber», el amo es la deuda. Si pasas más tiempo hablando con tu cónyuge sobre lo que «hizo» el otro que sobre el futuro juntos, el amo es la deuda. Crees tener el pagaré en la mano, pero el pagaré es una correa con la que el otro te sujeta y te arrastra cada día por el barro de tu rencor.

El hecho de aferrarse a una deuda es una prisión espiritual. Te has encerrado en una celda con la persona que odias. Has ligado tu alegría a su conducta. Si te devuelve el dinero, eres feliz. Si no, te sientes desdichado. Le has dado las llaves de tu bienestar emocional a la persona en la que menos confías. Eso no es ser una persona «dura» o «con principios»: es ser un prisionero. La auténtica mayordomía consiste en tener libertad para utilizar tus

recursos y tu corazón para los asuntos del Maestro. No lo podrás hacer encadenado a un historial de agravios del pasado. Aparte de dinero, la deuda te roba la capacidad de estar presente, agradecido y en paz.

La falacia del ojo por ojo

Nos encanta la mentalidad de «ojo por ojo» (Ex 21:24) porque parece equilibrada, como si se tratara de unos cálculos que podemos entender. Si tomaste un ojo, debes un ojo; si tomaste diez mil dólares, debes diez mil dólares. Sin embargo, la forma que tiene el mundo de ajustar cuentas nunca llena el vacío de tu corazón. Lo que suele hacer, a decir verdad, es provocar que dos personas se queden ciegas.

Detrás de esto hay una realidad biológica que a menudo ignoramos. El cuerpo recuerda el estrés financiero aunque la mente intente olvidarlo. Puedes decirte todo el día: «Ya lo superé», pero, cuando ves a esa persona, aumenta tu frecuencia cardíaca y tu respiración se vuelve superficial. Tu sistema nervioso todavía está en modo «lucha o huida» porque sigues en guerra. Según la falacia del «ojo por ojo», la guerra termina cuando se paga la deuda, pero sus cicatrices continúan ahí mucho después de que el dinero esté de regreso en tu cuenta.

He conocido a hombres que al final consiguieron el acuerdo que buscaban o la «disculpa» que exigían, y se sorprendían al descubrir que se sentían tan vacíos como antes. ¿Por qué? Porque no se puede sanar una herida espiritual con una transacción financiera. El vacío de tu corazón no tiene una profundidad de quince mil dólares, sino de más de un millón de kilómetros. Es una herida derivada de una traición económica, y una traición no se arregla saldando cuentas.

Cuando Jesús hablaba de poner la otra mejilla o de hacer más de lo necesario, no nos estaba enseñando a dejarnos avasallar: nos estaba ofreciendo una vía hacia la libertad. Estaba diciendo que el único modo de detener el derramamiento de sangre es parar la guerra. La estrategia del «ojo por ojo» mantiene el ciclo del dolor durante toda la vida. En cambio, la gracia, una gracia robusta y verdadera, rompe ese ciclo. Comprende que la única forma de recuperar tu corazón es dejar de exigir que lo arregle otro.

GUÍA DE CAMPO

La anatomía del rencor es compleja, pero la cura es sencilla aunque sumamente dura: has de darte cuenta de que la persona que te debe nunca podrá pagarte lo suficiente como para restaurarte del todo. El Maestro es el único que puede hacerlo. En el momento en que dejes de fijar la mirada en la persona que te hizo daño como tu «proveedora» de justicia, por fin podrás empezar a fijarla en Aquel que ya te ha provisto todo cuanto necesitas. No estarás dejando que el «malo» gane, sino tomando la decisión de no perder más.

2

UNA DEUDA DESCOMUNAL

Sé lo que se siente al mirar esa hoja de cálculo o ese viejo pagaré arrugado. Para ti, esos quince mil dólares, o los que sean, no son un «puñado de monedas»; los sientes como un año de vida, como las vacaciones que no tomaste, la reparación doméstica que tuviste que retrasar o la seguridad por la que trabajaste como un burro. Cuando la gente te sugiere que perdones, parece que te estuviera pidiendo fingir que el dinero nunca existió. Suena displicente, como si te estuvieran pidiendo ser tonto.

Nosotros tenemos que contemplar los cálculos desde otro prisma. Si queremos denominarnos seguidores de Cristo, tenemos que lidiar con el hecho de que toda nuestra vida está cimentada sobre una deuda que no podíamos pagar. No somos personas que «cometimos algunos errores», ya eliminados de nuestro historial, sino que estábamos en quiebra, enfrentábamos una deuda infinita y recibimos borrón y cuenta nueva de Aquel que tenía el capital para cubrirla.

La parábola del siervo despiadado

En Mateo 18:21-35, Jesús narra una historia que debería incomodar un poco a toda persona «altamente eficiente» en la iglesia. Empieza con un siervo que le debe diez mil talentos a un rey. Para que te hagas una idea, un solo talento suponía una enorme cantidad de trabajo; en términos actuales, décadas de salarios. Diez mil talentos era una suma astronómica, descomunal; una deuda matemáticamente imposible de pagar en cien vidas.

El siervo, postrado, pide más tiempo, prometiendo que lo devolverá todo. Es una promesa absurda, pero el rey hace algo incluso más absurdo: además de darle más tiempo, anula la deuda. La borra del libro de contabilidad, asume la pérdida de diez mil talentos y deja al hombre en libertad.

Luego, ese mismo hombre sale y se encuentra con un compañero que debe cien denarios, unos tres meses de salario. No es que no sea nada, pero, en comparación con la descomunal deuda que le acaban de anular a él, son unas pocas monedas. En vez de mostrar la misericordia que acaba de recibir, agarra al hombre por el cuello y le exige el pago. Como no le puede pagar, lo mete en la cárcel.

Cuando el rey se entera, se enfurece. Llama al siervo «malvado» (Mt 18:32) y lo entrega a los carceleros hasta que pague todo lo que debe. Jesús concluye la historia con una advertencia demoledora: «Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano» (Mt 18:35).

Lo difícil de obedecer en esta parábola está en la comparación. Jesús no dice que los cien denarios no importen, sino que no parecen nada al lado de los diez mil talentos. Cuando nos negamos a perdonar una deuda —*y de corazón a nuestro hermano*—, le estamos transmitiendo a Dios que lo poco que nuestro prójimo nos debe es más importante que el monto infinito que Él nos ha perdonado. Estamos actuando como si hubiéramos olvidado lo grande que era el vacío en el que Él nos encontró y tratando de ser «dueños» de nuestros ínfimos libros de contabilidad, mientras pasamos por alto que vivimos de las riquezas del Rey.

La cruz como liquidación de una deuda

Uno de los mayores malentendidos sobre el perdón es la idea de que Dios «pasó por alto» nuestro pecado. Creemos que, con un gesto de la mano, se limitó a decir: «No te preocupes por eso», pero no es así. En una interpretación bíblica de la cruz, la justicia debe ser satisfecha. La deuda no se esfuma: siempre debe ser pagada por alguien.

Jesús fue a la cruz a saldar la deuda. En Colosenses 2:13-14, Pablo nos recuerda: «Dios nos dio vida en unión con Cristo, al perdonarnos todos los pecados y anular la deuda que teníamos pendiente por los requisitos de la Ley. Él anuló esa deuda que nos era adversa, clavándola en la cruz». Cada mentira, cada acto de soberbia y cada momento en que intentamos ser nuestro propio dios era una deuda enorme en nuestro libro de contabilidad. Jesús no pasó por alto esa deuda; tomó la cuenta y la pagó con su vida, una vida infinitamente más valiosa que diez mil talentos. La cruz

fue la acción más cara de la historia de la humanidad. Al Hijo de Dios le costó todo para que nosotros pudiéramos tenerlo todo.

Cuando decides perdonar una deuda, no estás siendo simplemente «amable»: estás imitando la cruz, proclamando: «El costo de este agravio es real, pero lo voy a pagar yo para que tú no tengas que hacerlo». Estás clavando en la cruz los «requisitos de la Ley» de tu pequeño tribunal. Pasas de fiscal a redentor. Es lo más parecido a Cristo que jamás harás, y también lo más difícil. Solamente lo puedes hacer en Él.

Por qué perdonar una deuda económica es costoso pero espiritualmente necesario

Nos encanta hablar de «gracia gratuita», pero debemos recordar que la gracia solo es gratuita para quien la recibe. A quien la da le sale extremadamente cara.

Perdonar una deuda implica asumir la pérdida. Implica mirar esos quince mil dólares y decir: «Nunca volveré a ver ese dinero, y me parece bien». Aceptas la responsabilidad para darle un respiro a la otra persona. Decides que la relación, su alma y tu paz valen más que las cifras de tu cuenta bancaria. De hecho, esa es una buena forma de enfrentar mentalmente la deuda, incluso desde el momento en que le prestas el dinero a un amigo o a un familiar.

Es entonces cuando la teología de la pérdida se vuelve realista. Una cosa es debatir una perspectiva bíblica del perdón en los bancos de la iglesia, y otra, hacerlo cuando perdonar supondrá no poder permitirte el camión nuevo que querías. Sin embargo, este es el núcleo del evangelio. Si la gracia no te cuesta nada, es probable que no sea tal.

He conocido a personas que «perdonaron» una deuda, pero se pasaron los diez años siguientes asegurándose de que todos supieran que eran «mártires» por ello. Eso no es gracia ni, desde luego, perdonar de corazón a nuestro hermano. Es otra manera de cobrar la deuda, a través de la reputación. La verdadera gracia es silenciosa. Es la decisión de asumir la pérdida sin volver a mencionarla nunca más y de tratar a la otra persona como si nunca te hubiera debido nada, igual que el Señor ha hecho con nosotros.

¿Por qué habría de hacer alguien esto? ¿Por qué Gary habría de invitar a Pete a regresar a la mesa? No porque Pete se lo merezca ni porque los quince mil dólares no importen, sino porque Gary ha

GUÍA DE CAMPO

comprendido que es un hombre con «diez mil talentos» al que se le ha dado una segunda oportunidad. Cuando entiendes que el Maestro ha asumido una pérdida infinita por ti, una responsabilidad de quince mil dólares ya no parece una tragedia; parece una pequeña muestra de gratitud. Ya tienes un motivo claro para perdonar de corazón.

Aceptas la responsabilidad porque el Maestro aceptó una responsabilidad infinita por ti. Diste un respiro a la otra persona porque el Maestro también te lo dio a ti. Esto no es una cuestión de dejarse avasallar, sino de tu condición de hijo o hija del Rey. Se trata de que comprendas que tu riqueza no está en una cuenta bancaria que pueda quedarse vacía por un mal negocio, sino en un reino inquebrantable. Las matemáticas del evangelio son sencillas: puesto que se te ha perdonado lo mucho, puedes permitirte perdonar lo poco. Empecemos por ahí.

3

LA DIFERENCIA ENTRE MISERICORDIA Y NECEDAD

Oyes toda esta charla sobre la cruz y la anulación de deudas, y salta tu alarma interna. Empiezas a preguntarte si ser cristiano supone ser el objetivo preferido del mundo, una persona que se deja pisotear hasta que no queda nada de ella. Piensas en ese primo que siempre tiene una «gran idea», pero que parece incapaz de conservar un trabajo, o en ese amigo que siempre está en un bache «temporal». Te preocupa que, en la Biblia, «perdón» sea sinónimo de «permisividad» y que Dios te esté llamando a ser un necio.

No obstante, hemos de ser muy claros: el evangelio no te pide que dejes de usar el cerebro. Ser una persona dotada de gracia no significa dejar de estar dotada de sabiduría. No en vano, si quieres ser un mayordomo fiel del oro del Maestro, tienes que aprender la diferencia entre misericordia y necedad. La primera es un acto de adoración que sana un alma; la segunda, una falta de valentía que aviva un hábito.

Perdón frente a permisividad: ¿debes volver a prestar dinero tras haber sido perjudicado?

Hay una enorme diferencia entre perdonar de corazón y darle a un jugador otro fajo de billetes de cien. El perdón es un trabajo interior vertical: la decisión de liberar la deuda de tu corazón para que no te envenene la amargura, y la de dejar de querer «estrangular» al otro

GUÍA DE CAMPO

como el siervo de Mateo 18:28b. En ese sentido, puedes y debes perdonar a todos por todo; dejar de pedirle cuentas a su alma porque Cristo dejó de pedirselas a la tuya.

La permisividad, en cambio, es una actuación externa que afecta el futuro de la otra persona. Si el patrón que sigue alguien es de irresponsabilidad, pereza o engaño, «perdonar» la deuda no implica darle más dinero. Si sigues rescatándolo de las consecuencias de sus malas decisiones, no estás siendo misericordioso, sino un obstáculo para su crecimiento. Estás impidiéndole sentir la «aspereza» de la realidad que suele utilizar Dios para mover a la gente al arrepentimiento.

En 2 Tesalonicenses 3:10, Pablo es muy directo: «El que no quiera trabajar, que tampoco coma». Suena duro para nuestros oídos modernos, tan dados a lo «amable», pero es una forma de amor. Es el reconocimiento de que el trabajo es digno y de que las consecuencias nos enseñan algo. Si «perdonas» una deuda e inmediatamente le abres la billetera a la misma persona por el mismo problema de siempre, no estás imitando a Cristo: estás jugando a ser un dios de imitación, tratando de proteger a esa persona del mundo que Dios creó para formarla. Perdona la deuda para que puedas ser libre, pero no financies una disfunción.

Por qué solo debes prestar aquello que puedas permitirte perder

He aquí una regla general pastoral que te ahorrará más estrés que cualquier asesor financiero: nunca «prestes» aquello que no estés en disposición de «dar». La mayor parte del sufrimiento que veo en la iglesia por el dinero proviene de personas que hicieron un «préstamo» que necesitaban recuperar. Le prestaron su fondo de emergencia a un amigo u obtuvieron una línea de crédito para ayudar a un familiar. Lo calificaron de préstamo, pero se estaban jugando su seguridad. Al no recibir el dinero de vuelta, además del efectivo, perdieron la tranquilidad.

Si modificas tu vocabulario de «préstamo» a «inversión en una persona», tu presión arterial mejorará de la noche a la mañana. Cuando acuda a ti un hermano necesitado, mira el libro de contabilidad del Maestro. Si tienes margen para ayudar y crees que la necesidad es legítima, dale el dinero. Dile: «Te lo regalo. Si alguna vez estás en condiciones de devolvérmelo o de dárselo a otra persona, genial, pero, por lo que a mí respecta, este dinero ya no existe»; algo parecido a como manejaba los préstamos George

Bailey en *¡Qué bello es vivir!* Esto es consecuente con la advertencia de Jesús de dar «sin esperar nada a cambio», no ya a quienes están próximos a nosotros, sino incluso a nuestros enemigos (Lc 6:34-35).

Con ello cortas de raíz esa sombra de una deuda impaga antes de que haga su aparición. Ya no eres el «acreedor», sino un simple hermano que compartió lo que tenía. Has eliminado la dinámica de poder que convierte a los amigos en amos y esclavos. Si la persona nunca te devuelve el dinero, no habrá rencor porque no había deuda. ¿Y si lo hace? Será una grata sorpresa, no una expectativa demorada. Esta es la «astucia» de la que habló Jesús: una manera de preservar la relación negándote a permitir que una pequeña cantidad de una cuenta bancaria se interponga entre un hermano y tú.

Cómo poner límites cristianos a familiares y amigos en asuntos de dinero

Solemos pensar en los límites como muros que levantamos con la finalidad de que la gente se quede fuera, pero, para un mayordomo del dinero y las relaciones, un límite es una cerca que mantiene la salubridad del jardín. Decir «no» a un préstamo futuro o a una petición de ayuda quizá sea lo más cristiano que puedes hacer por alguien.

Si tienes un hermano que se rehúsa a llevar su negocio, que gasta en lujos mientras se endeuda para cubrir necesidades básicas, o que considera tu generosidad una línea de crédito revolvente que agrava el estrés económico, decirle «sí» es, en realidad, un acto de odio. Estás ayudándolo a destruirse y fomentando su falta de carácter.

El amor verdadero está dispuesto a ser incomprendido, a que esa persona se enoje contigo por no querer financiar su próximo error. Los límites son un acto de amor porque le exigen una conducta más responsable al otro. Le recuerdan que los recursos los confía Dios y no son un derecho frente a sus amigos.

Proverbios 25:28 afirma: «Como ciudad sin defensa y sin murallas es quien no sabe dominarse». Si no tienes el valor de poner límites, eres una ciudad sin murallas. Todo el mundo entrará en ella, y tú terminarás por no tener nada para las personas que Dios sí te ha

GUÍA DE CAMPO

llamado a ayudar: tu familia, tu iglesia y los verdaderamente vulnerables.

La mayordomía sabia en un mundo quebrantado implica entender que no puedes salvar a todos y que, ciertamente, no puedes salvarlos con la chequera. Eres administrador, no Dueño. Tu tarea es utilizar los recursos del Maestro allí donde mayor bien puedan hacer para su reino. Unas veces, eso supone una obra radical de misericordia anulando la deuda; otras, pronunciar un firme «no» que obligue a alguien a mirar lo que tiene en las manos y ponerse a trabajar.

No dejes que el miedo a ser «descortés» te vuelva necio ni que el miedo a ser «engañado» te conduzca a una vida fría y cautelosa. Busca el término medio de las manos abiertas: listas para dar cuando el Espíritu te lo pida, pero lo suficientemente firmes para no excederse cuando la sabiduría así lo exija. Lejos de dejarte avasallar, eres un mayordomo comprometido con los principios bíblicos de la mayordomía, y la primera lealtad de un mayordomo es hacia el Maestro, no hacia la persona que pide un préstamo.

4

PASOS PRÁCTICOS PARA ACLARAR LAS COSAS

Sé que probablemente te has pasado las últimas semanas, acaso los últimos años, repasando esta conversación en tu cabeza mientras manejabas al trabajo o intentabas conciliar el sueño. Has ensayado el discurso del «amor duro», el de «no estoy enojado ni decepcionado» y el de «o me lo devuelves, o...». Sin embargo, todavía lo evitas porque ninguno de esos discursos parece un fruto de paz. Tienes miedo de que, si abres la boca, suenes como un cobrador de facturas sin corazón o como un pusilánime total.

No obstante, si queremos aclarar las cosas, tenemos que dejarnos de ensayos mentales y acercarnos a la persona. En un mundo quebrantado, la deuda hace más daño en silencio. Rellena los vacíos con suposiciones y amargura. Para acabar con el poder de una deuda, debes estar dispuesto a meterte un poco en el barro y a mantener la conversación que temes.

Cómo hablar con alguien que te debe dinero sin romper la relación

Lo primero que tienes que hacer es mirar cuál es tu postura. Si vas a la reunión buscando pelea, la encontrarás. Si entras con la idea de humillarlo, se refugiará aún más en su agujero. El objetivo no es obtener una confesión ni un cheque, sino recuperar a tu hermano.

Cuando hables con alguien que te deba algo, comienza por reconocer lo obvio. No andes con rodeos hablando del tiempo durante cuarenta y cinco minutos. Suéltalo: «Oye, sé que estamos incómodos por lo del dinero. Yo lo noto y estoy seguro de que tú

GUÍA DE CAMPO

también, pero valoro nuestra amistad más que esa deuda y quiero que hablemos para dejar esto atrás».

Observa lo que estás haciendo aquí. No sueñas como un cobrador de facturas, sino como mayordomo de una relación. Estás revelando que valoras la relación más que el dinero y eliminando la «vergüenza» de la situación siendo el primero en mencionarla. Proverbios 15:1a señala: «La respuesta amable calma la ira». Al abordar el caso con una postura «amable» y honesta, haces que el otro se sienta seguro sin tener que mentir ni esconderse. A él le das la oportunidad de sincerarse sobre por qué no te ha devuelto el dinero, y a ti mismo, la de respirar por fin.

¿Debes crear un plan de pagos o perdonar la deuda del todo?

Ya inmersos en la conversación, tienes que determinar cómo se manifiesta la misericordia en este caso concreto. No es una situación igual para todos. En ocasiones, lo más misericordioso que puedes hacer es establecer un plan de pagos. Esto sirve para aquella persona que realmente quiere devolverte el dinero, pero que se siente abrumada por el monto. Al dividirlo en pequeñas cuotas asequibles —como cincuenta dólares al mes—, estás ayudándola a recuperar la dignidad y le estás enseñando el «valor» de cumplir lo prometido.

Otras veces, la misericordia se manifiesta sacando el contrato del cajón y quemándolo delante del otro. Esto sirve para las situaciones de «diez mil talentos», aquellas en las que sabes que nunca podrá devolverte el dinero y la deuda es un peso que lo está ahogando. Mirándolo, le dices: «Anulo esto. No me debes ni un centavo, y no vamos a volver a calificarlo de deuda».

¿Cómo saber qué alternativa elegir? Orando para pedir sabiduría y mirando su corazón. En Santiago 1:5 se nos recomienda: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente». Si la persona está arrepentida y lo intenta, un plan de pagos podría ser la mejor mayordomía. Si está abatida y destrozada, la liberación total podría ser la acción más parecida a Cristo que jamás hayas realizado. El objetivo no es recibir tu dinero, sino hacer lo mejor para su alma y para tu paz.

Qué hacer cuando te evite una persona que te deba dinero

¿Y qué haces con esa persona que ni siquiera quiere hablar contigo? ¿Con ese Pete que dejó de llamar y que, en la práctica, desapareció de tu vida? Peor aún, ¿qué haces con esa persona que no cree haber hecho nada malo y no se disculpa pese a que es evidente que te ha engañado? Los protagonistas de estos casos más parecen enemigos que amigos.

Esto es lo más difícil de la anatomía del rencor. Sentimos que no podemos perdonar a menos que el otro reconozca el error. Queremos un «lo lamento» antes de conceder el «te perdono». Sin embargo, si esperas a que se disculpe, le sigues entregando las llaves de tu vida. Estás permitiendo que su obstinación dicte tu salud espiritual.

Perdonar la deuda por tu bien implica liberarla en tu corazón aunque nunca te den las gracias. Implica sentarse con el Maestro y confesar: «Señor, él no va a venir a la mesa. No me va a devolver el dinero ni va a pedirme perdón, pero yo te entrego esta deuda. Renuncio a reclamarla porque ya no quiero estar atado a él».

No necesitas su permiso para ser libre. En Marcos 11:25, Jesús nos manda perdonar cuando estemos orando, no «cuando el otro venga a pedir perdón». Está hablando de una liberación interior entre tú y Dios. Quemamos mentalmente el pagaré. Detienes la «aritmética de la amargura» en tu cabeza. Decides no ser una víctima porque el otro haya desaparecido. Continúas adelante, no porque se lo merezca, sino porque eres mayordomo de un corazón destinado a cosas mejores que a perseguir lo que ya no está ahí, y lo haces consciente de que Jesús ordenó a sus seguidores amar a sus enemigos. ¿Cuánto más debemos amar nosotros a nuestros deudores?

La paz que nace del perdón tras un conflicto por dinero

Cuando por fin das estos pasos —la conversación difícil, el plan de pagos o la liberación interior—, la atmósfera de tu vida empieza a cambiar. Ese peso tácito pierde su poder porque lo has sacado a la luz. Dejas de ser una persona marcada por lo que has perdido y pasas a estarlo por lo que te ha sido dado.

No será un proceso impecable, y hasta podría continuar pareciendo «injusto» a nivel puramente humano, pero recuerda: el objetivo nunca fue equilibrar la balanza del mundo, sino caminar en la paz que el mundo no puede dar ni quitar. Estás aclarando las

GUÍA DE CAMPO

cosas para que al fin puedas volver a sentarte a la mesa aunque la otra silla todavía esté vacía. Has hecho tu parte, pero no tú, sino Cristo en ti. Has sido un mayordomo fiel de la gracia del Maestro, y esa es una victoria que ninguna cuenta bancaria podrá igualar jamás. Empecemos por ahí.

5

LA RIQUEZA DE UN ESPÍRITU LIMPIO

He conocido a hombres que tienen millones en el banco, pero que caminan con el ceño permanentemente fruncido y los hombros encorvados como si cargaran el peso del mundo. He conocido también a otros hombres, a quienes una traición económica les arrebató los ahorros de toda una vida, pero que tienen un brillo en los ojos que hace que te preguntes si están al tanto de algún secreto que el resto hemos olvidado. La diferencia no radica en su patrimonio neto, sino en el estado de su espíritu. Cuando guardas rencor, cargas con una deuda de resentimiento económico que nunca podrás pagar de verdad. Sin embargo, cuando haces borrón y cuenta nueva, comprendes que un espíritu limpio es una riqueza que no puede verse afectada por ningún colapso del mercado.

La libertad de olvidarte del dinero que se te debe

Cuando dejas de ser acreedor sientes alivio físico. Cuando Gary por fin decidió dejar de ver a Pete como un «agujero de quince mil dólares» y empezó a verlo de nuevo como un hermano, algo cambió en su cuerpo. Se aflojó la tensión de su mandíbula. Dejó de examinar cada estancia por si estaba el «enemigo» y comenzó a buscar el modo de ser un amigo.

Cuando eres acreedor, siempre estás en guardia, calculando, desconfiando y a la defensiva. Pero cuando liberas la deuda, abandonas el tribunal para regresar a la familia. Dejas de ser cobrador de facturas de un reino que va a desaparecer y empiezas a ser hermano en un reino eterno. El libro de contabilidad vacío no es señal de pérdida: es señal de libertad. Significa que ya no estás atado a las fallas de otros. Le has entregado la cuenta al Maestro y te has levantado del escritorio. Ese alivio espiritual vale más que todos los intereses que pudieras haber cobrado.

Por qué perdonar una deuda da lugar a una recompensa eterna, no a una pérdida económica

Es muy fácil obsesionarse con los «quince mil», «diez mil» o «cincuenta» dólares. Esas cifras parecen tan reales porque las vemos en una pantalla o en una hoja de papel, pero la Biblia nos dice que estas cosas, en última instancia, son carcomidas por la polilla y el óxido. Son bienes temporales en un mundo temporal.

Cuando decides perdonar una deuda por obediencia a Cristo, haces un cambio de moneda divino. Tomas una pérdida terrenal temporal y la transformas en «una gloria eterna», como la denomina Pablo en 2 Corintios 4:17. Pasas de centrarte en lo que has perdido a hacerlo en aquello que has ganado por medio de tu fidelidad. Esta fidelidad es fruto de quién eres verdaderamente en el Señor.

Cada vez que prefieres la gracia a la «venganza», acumulas tesoros en un lugar donde ningún negocio cierra y ningún cuñado incumple. Inviertes en tu carácter, en tu paz y en tu recompensa en la Nueva Jerusalén. Te regocijas no solo cuando las cosas van bien, sino incluso en los sufrimientos. Cuando te presentes ante el Maestro, Él no te preguntará cuántos pagarés cobraste con éxito. Verá hasta qué punto su carácter se moldeó en ti durante el conflicto. La obediencia es la única inversión con retorno garantizado, y ese retorno se mide en gozo, no en dígitos.

Así es como las relaciones restauradas aportan más valor que el dinero

Quiero contarte cómo terminó todo para Gary. No fue ni de la noche a la mañana ni fácil. Aproximadamente un año después de que decidiera «quemar el contrato» en su corazón, acabó enviándole un simple mensaje de texto a Pete: «Oye, te extraño. Se acerca el Día de Acción de Gracias, y tu silla sigue ahí. El dinero no importa. Seamos una familia».

Pete apareció. No tenía ni un cheque ni una buena excusa, pero sí un corazón arrepentido y muchas lágrimas. Se sentaron a la mesa, comieron pavo y, por primera vez en años, no se percibía frialdad en aquella estancia. Gary me contó después que, mientras veía a Pete reír con el resto de la familia, entendió que los quince mil dólares eran un pequeño precio por recobrar la alegría. Recuperó a su hermano y recuperó la paz.

Esa es la riqueza de un espíritu limpio: la capacidad de mirar el mundo con las manos y el corazón abiertos, sabiendo que tu auténtica herencia está a salvo con el Príncipe de Paz, quien pagó el total. Puede que tengas cicatrices de la pelea, pero esas cicatrices son recordatorios de que has atravesado la dureza de un mundo quebrantado y has salido con el alma intacta. Invirtamos en cosas que no carcoma el óxido y seamos ricos en las cosas importantes.



CONCLUSIÓN: CÓMO CONFIAR EN DIOS COMO TU PROVEEDOR CUANDO PIERDAS DINERO

Iniciamos este viaje con Gary y Pete sentados alrededor de una mesa que parecía mucho más grande de lo que era por el silencio que llenaba el ambiente. Hemos analizado las matemáticas del reino, la firmeza necesaria para mantener conversaciones difíciles y el alto costo de una gracia que no resulta barata. No obstante, en resumidas cuentas, todos estos principios bíblicos de la mayordomía se reducen a una única pregunta fundamental: ¿quién crees que es el Proveedor de tu vida?

Si piensas que eres el único arquitecto de tu seguridad, cada dólar perdido es una amenaza para tu existencia. Cada mal préstamo es un agujero en tus cimientos que debes arreglar con tus propias manos. Sin embargo, si crees que el Maestro ha puesto su mano sobre tu billetera, cambia el panorama entero. Te das cuenta de que no eres un dueño que proteja, desesperado, una cámara acorazada, sino un mayordomo que gestiona un flujo de recursos que no son suyos.

En el mundo de las finanzas, una pérdida es una pérdida. Si quince mil dólares salen de tu cuenta para no volver, en el libro de contabilidad aparece un déficit, pero las matemáticas de la economía de Dios son más complejas. Tenemos que aprender a calcular lo que yo denomino el «beneficio del alma».

En Marcos 8:36, Jesús hizo una pregunta que debería surgir en toda disputa legal y en todo resentimiento por dinero: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde la vida?». Por lo general, al pensar en eso, pensamos en una persona que pierde la salvación por sus riquezas, pero la pregunta también es aplicable a las batallas más pequeñas. Si dedicas cada átomo de energía a luchar por recuperar una deuda y tener de nuevo ese dinero, pero terminas con el corazón endurecido, desconfiado y amargado, ¿te ha servido de algo?

Desde una perspectiva pastoral, la respuesta es no. Has cambiado un bien eterno —un carácter parecido al de Cristo— por una moneda transitoria que será carcomida por la polilla. Si pierdes dinero, pero, a su vez, aprendes a confiar más profundamente en Dios, a perdonar como has sido perdonado y a sostener tus recursos con las manos abiertas, entonces habrás obtenido una ganancia enorme que modificará toda tu vida. Habrás cambiado papel por oro y permitido que la pérdida de una pequeña cantidad en el banco produzca «gloria eterna» para siempre.

Apretamos los puños con tanta fuerza porque tenemos miedo de no tener suficiente para un futuro si no nos devuelven el dinero y de que el «malo» gane y seamos nosotros los perjudicados. No obstante, tenemos que recordar el carácter de Aquel a quien servimos.

En Filipenses 4:19, Pablo nos trae a la memoria que Dios nos proveerá de todo lo que necesitemos, «conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús». Observa que no promete que Dios proveerá tus necesidades en función de la capacidad de tu cuñado para devolverte el dinero. No dice que tu seguridad dependa de un acuerdo justo o de un negocio exitoso. Tu provisión está vinculada a las infinitas riquezas del Rey.

Cuando entiendas que Dios es tu Proveedor, podrás dejar de considerar a la persona que te debe como la fuente de tu bienestar. No es ella, sino el Maestro, quien tiene tu futuro en sus manos. Esto es lo único que de verdad puede reducir tu ritmo cardíaco frente a una deuda incobrable. Te permite pasar de una postura defensiva a una de descanso. Puedes permitirte el lujo de ser generoso, de ser paciente y hasta de asumir un golpe, pues sabes que la Fuente de provisión nunca se agotará.

Oración para olvidar un perjuicio económico y confiar en Dios

GUÍA DE CAMPO

Padre Celestial, Soberano de todo cuanto tenemos y somos, traigo ante ti a la persona que ahora mismo está leyendo esto con el corazón acelerado. Oro por aquel que sigue aterrado por una notificación judicial, por un recuerdo amargo o por una hoja de cálculo que refleja lo que ha perdido. Señor, el peso de esta deuda se ha convertido en un muro entre ellos y la paz que Tú has prometido.

Te pido que les concedas fortaleza para lo más difícil que un corazón humano puede hacer: abrir las manos y olvidar; no porque el dinero no importe ni porque el agravio no haya sido tal, sino porque Tú eres más que suficiente para compensar la diferencia. Te pido que sustituyas su miedo por una confianza robusta en tu provisión.

Ayúdalos a ver que la persona que les debe no es un enemigo que deban aplastar, sino un alma que necesita la misma gracia que nos salvó a todos. Acaba con el poder del «fantasma del pagaré» en sus hogares y mentes. Que, al liberar esta deuda, sientan el alivio físico y espiritual de un libro de contabilidad vacío. Que descubran que el gozo de una relación restaurada y de un espíritu tranquilo vale mil veces más que la plata que han estado persiguiendo. Dirige de nuevo su mirada al Príncipe de Paz, en cuyo nombre oramos, amén.



El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado magna cum laude en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Theodoreto de Ciro (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

